

Suave caricia

Las muchas vidas de *Amory Clay*

ALFAGUARA


William Boyd

Suave caricia

Las muchas vidas de Amory Clay

Traducción del inglés de Damià Alou

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Título original:

Primera edición en castellano:

© 2014,

Primera publicación en Canadá en 2014 por House of Anansi Press Inc.

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Damià Alou, por la traducción

© Diseño:

© Imagen de cubierta:

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-

Depósito legal: B-

Impreso en

A L

A Susan

«Quelle que soit la durée de votre séjour sur cette petite planète, et quoi qu'il vous advienne, le plus important c'est que vous puissiez —de temps en temps— sentir la caresse exquise de la vie.»

[Dure lo que dure vuestra estancia en este pequeño planeta, tanto da lo que ocurra en ella, lo más importante es sentir —de vez en cuando— la suave caricia de la vida.]

JEAN-BAPTISTE CHARBONNEAU,
Avis de passage (1957)



AMORY CLAY EN 1928.

Prólogo

¿Qué me atrajo, me pregunto, hasta el borde del jardín? Recuerdo la luz de verano: los árboles, los arbustos, la hierba verde y luminosa, impregnada del suave y amable sol de la caída de la tarde. ¿Fue la luz? Pero también se oyeron risas, procedentes de un grupo de gente congregada junto al estanque. Alguien debía de estar haciendo el tonto y todo el mundo se reía. La luz y las risas, por tanto.

Yo estaba en la casa, en mi dormitorio, aburrida, con la ventana completamente abierta para escuchar el parloteo de los invitados. De repente, el arpegio de las risas de alegría me impulsó a saltar de la cama y dirigirme a la ventana para ver a todas aquellas damas y caballeros, el entoldado y las mesas con caballete sobre las que se disponían los canapés y los cuencos con el ponche. Sentía curiosidad: ¿por qué todos se dirigían hacia el estanque? ¿Cuál era el origen de todo ese júbilo? Así que bajé a toda prisa para unirme a ellos.

Y entonces, cuando había recorrido la mitad del césped, di media vuelta y regresé corriendo a casa para coger la cámara. ¿Por qué lo hice? Creo que ahora, después de todos estos años, tengo una ligera idea. Quería capturar aquel momento, esa amable reunión en el jardín durante una cálida tarde de verano en Inglaterra; capturarla y encerrarla para siempre. De algún modo, sabía que tenía la capacidad de detener el implacable avance del tiempo y conservar aquella escena, aquella fracción de segundo en la que todas aquellas damas y caballeros, ataviados con sus mejores galas, se reían, indiferentes y preocupados. Los

captaría en un instante, para siempre, gracias a las propiedades de mi maravillosa máquina. Tenía en mis manos el poder de detener el tiempo, o eso me imaginaba.

Libro primero: 1908-1927

1. Una chica con una cámara

Ahora que lo pienso, hubo un error el día que nació. Ahora no parece importante, pero el 7 de marzo de 1908 —hace mucho tiempo, casi setenta años atrás— mi madre se enfadó mucho. No obstante, fuera como fuese, yo nació y mi padre, siguiendo las estrictas órdenes de mi madre, insertó un anuncio en el *Times*. Yo era la primogénita, así que el mundo —los lectores del *Times* de Londres— tenía que ser debidamente informado. «El 7 de marzo de 1908, Beverley y Wilfreda Clay tuvieron un hijo varón, Amory.»

¿Por qué puso «hijo varón»? ¿Para fastidiar a su esposa, mi madre? ¿O fue el perverso deseo de que yo no fuera una niña, el hecho de que no quisiera tener una hija? Me pregunto si fue por eso que más tarde intentó matarme. Cuando me encontré ese recorte reseco y amarillento escondido en un álbum, hacía décadas que mi padre había muerto. Demasiado tarde para preguntarle. Otro error.

Beverley Vernon Clay, mi padre, aunque sin duda vosotros y sus pocos lectores (casi todos desaparecidos hace ya mucho) le conocéis como B. V. Clay. Un escritor de relatos cortos de principios del siglo xx —relatos sobre todo de fantasmas y de lo sobrenatural—, novelista fracasado y hombre de letras en el más amplio sentido. Nacido en 1878, murió en 1944. Esto es lo que de él dice el *Oxford Companion to English Literature* (tercera edición):

Clay, Beverley Vernon

B. V. Clay (1878-1944). Escritor de relatos cortos. Reunidos en sus libros *La tarea ingrata* (1901),

Maligna canción de cuna (1905), *Placeres culpables* (1907), *El Club Viernes* (1910) y otros. Escribió varias historias del mundo de lo sobrenatural, de las cuales la más conocida es «La bendición de la belladona». La dramatizó Eric Maude (q.v.) en 1906 y se representó durante más de tres años, llegando a las mil representaciones en el West End londinense (véase *Teatro eduardiano*).

No es gran cosa, ¿verdad? Pocas palabras para resumir una vida complicada y difícil, pero también es más de lo que nos corresponderá a la mayoría de nosotros en los diversos canales de la posteridad que registrarán nuestro breve paso por este pequeño planeta. Por extraño que parezca, siempre estuve segura de que nunca se escribiría nada sobre mí, la hija de B. V. Clay, pero resultó que me equivocaba...

De todos modos, aunque conservo recuerdos de mi padre de los años de mi primera infancia, tengo la impresión de que solo comencé a conocerlo cuando regresó de la guerra —la Gran Guerra, la guerra de 1914-18—, cuando yo tenía diez años, y, en cierto modo, ya había recorrido un buen trecho a la hora de convertirme en la persona y la personalidad que soy en la actualidad. Así que esa brecha en el tiempo que la guerra impuso tuvo su importancia, pues todo el mundo me dijo que cuando volvió era un hombre distinto, irreversiblemente transformado por sus experiencias. Ojalá lo hubiera conocido mejor antes de ese trauma, y en cualquier caso, ¿quién no querría viajar en el tiempo y conocer a sus padres antes de que se convirtieran en sus padres? Antes de que «madre» y «padre» los transformaron en figuras del mito doméstico, para siempre atrapadas y fijas en el ámbar de esos apelativos y sus consecuencias.

La familia Clay.

Mi padre: B. V. Clay.
Mi madre: Wilfreda Clay (de soltera Reade-Hill)
(n. 1879).
Yo: Amory, primogénita. Una niña (n. 1908).
Hermana: Peggy (n. 1914).
Hermano: Alexander, conocido siempre como Xan
(n. 1916).
La familia Clay.

* * *

EL DIARIO DE BARRANDALE 1977

Aquella noche regresaba en coche a Barrandale procedente de Oban —en el embrujado ocaso de un verano escocés— cuando vi que un gato montés cruzaba la carretera, a menos de doscientos metros del puente que enlazaba con la isla. Paré el coche enseguida y apagué el motor, y me quedé mirando, a la espera. El gato se detuvo en su lento avance y volvió la cabeza hacia mí, casi de manera altiva, como si le hubiera interrumpido. Sin pensar, eché mano a la cámara —mi vieja Leica— y me la llevé a los ojos. Pero entonces la bajé. No hay fotografías más aburridas que las de animales (comentarlo). Me quedé observando cómo aquel gato pinto —del tamaño de un cocker spaniel— terminaba su pedante travesía de la carretera y enseguida se perdía en la nueva plantación de coníferas. Puse en marcha el motor y volví a mi granja, extrañamente eufórica.

Yo lo llamo «la granja», pero su denominación postal es Druim Rigg Road, 6, isla de Barrandale. Dónde están los números del 1 al 5, es algo de lo que no tengo ni idea, porque la cabaña se alza solitaria en su pequeño bahía, y la carretera, Druim Rigg Road, termina allí. Es una casa sólida del siglo XIX, de dos plantas, muros gruesos

y habitaciones pequeñas, con dos chimeneas y dos edificios anexos de poca altura y una planta adosados a cada lado. Supuse que alguien había cultivado la tierra cien años atrás, pero de todo eso no quedaba ni rastro. La cubrían tejas musgosas y los muros estaban revestidos de cemento, envejecidos hasta adquirir un bilioso y desagradable gris verdoso que ya había pintado de blanco al mudarme.

La parte delantera daba a una pequeña calle sin nombre, y si volvías la cabeza a la izquierda, al oeste, podías ver la punta meridional de Mull y la extensión gris, azotada por el viento, del inmenso océano Atlántico que había más allá.



LA GRANJA DE LA ISLA DE BARRANDALE, ANTES DE LAS REFORMAS Y DE PINTARLA, C. 1960.

Entré por la puerta principal y Flam, mi perro, un labrador negro, emitió su glótico y grave ladrido de bienvenida. Guardé la compra y me dirigí hasta la habitación que utilizaba de sala de estar, para comprobar cómo iba el fuego. Tenía una gran estufa acristalada que había instalado en el hueco de la chimenea, donde quemaba ladrillos

de turba. La llama era tan escasa que arrojé unos ladrillos más. Me gustaba la idea de quemar turba en lugar de carbón, como si consumiera antiguos paisajes, eones completos de tiempo, geografías enteras, que se transformaban en ceniza mientras me calentaban la casa y el agua.

Todavía era de día cuando llamé a Flam y nos fuimos a dar un paseo hasta la bahía. Me quedé en la pequeña playa en media luna, mientras Flam merodeaba entre los pecios que trae la marea y las pozas que forma, y observé cómo el día se convertía en noche, contemplando las maravillosas transformaciones tonales del ocaso en su cambio de luces: cómo el naranja-sangre pasaba imperceptiblemente a un azul hielo sobre el filo de cuchilla del horizonte, mientras escuchaba la interminable invitación al silencio del océano: *shh, shh, shh*.

* * *

Cuando nací —en la Inglaterra eduardiana—, «Beverley» era completamente aceptable como nombre de chico (al igual que Evelyn, Hilary, Vivian), y me pregunto si fue por eso que mi padre me escogió un nombre andrógino: Amory. Creo que los nombres son importantes, y que no habría que escogerlos a la buena de Dios. El nombre se convierte en tu etiqueta, tu clasificación; es como te refieres a ti misma. ¿Qué podría ser más importante? Solo he conocido a otro Amory en toda mi vida, y era un hombre: un hombre aburrido, por cierto, y su interesante nombre tampoco lo hacía más animado.

Cuando nació mi hermana, mi padre ya estaba en la guerra, y mi madre consultó con su hermano, mi tío Greville, a la hora de ponerle nombre al recién nacido. Entre ambos se decidieron por algo «familiar y sólido», o eso dice la tradición familiar, y de este modo la segunda hija de los Clay se llamó «Peggy»; no Margaret, sino directamente un

simple diminutivo. Quizá fue así como mi madre decidió contrarrestar el andrógino nombre de «Amory» que me habían puesto a mí, y que ella no había elegido. Así fue como Peggy llegó al mundo; Peggy, sólida y familiar. Creo que no ha existido nadie con un nombre tan equivocado. Cuando mi padre regresó a casa de permiso para conocer a su hija de seis meses, el nombre quedó completamente consolidado, y todos nosotros la conocimos como «Peg», «Peggoty» o «Peggsy», y ya no se pudo hacer nada. A mi padre nunca le gustó de verdad ese nombre, Peggy, y como resultado nunca quiso del todo a Peggy, creo, como si fuera una especie de huérfana que hubiéramos recogido. Ya veis lo que quiero decir acerca de la importancia de los nombres. ¿Quizá Peggy tenía la impresión de que le habían puesto un nombre equivocado porque a su padre no le gustaba especialmente, ni a ella? ¿Fue otro error? ¿Fue por eso por lo que posteriormente se lo cambió?

En cuanto a Alexander, «Xan», fue una solución de mutuo acuerdo. El padre de mi madre, un juez comarcal que murió antes de que yo naciera, se llamaba Alexander. Fue mi padre quien al instante lo abrevió a Xan, y así se quedó. Y esos éramos los hijos de los Clay: Amory, Peggy y Xan.

Lo primero que recuerdo de mi padre es verle cabeza abajo en el jardín de Beckburrow, nuestra casa cerca de Claverleigh, en East Sussex. Era algo que podía hacer sin ningún esfuerzo, un truco que había aprendido de joven. No había más que darle un cuadrado de césped, y con toda facilidad se colocaba sobre las manos y daba unos pasos. No obstante, después de que lo hirieran en la guerra, lo fue haciendo cada vez menos, por mucho que le imploráramos. Decía que le provocaba dolor de cabeza y se le desenfocaba la mirada. De todos modos, cuando éramos pequeños no hacía falta que insistiéramos. Le encantaba ponerse cabeza abajo, decía, porque reajustaba sus sentidos y su perspectiva. Hacía el pino y decía: «Chicas, os veo colgadas de los

pies como si fuerais murciélagos, y lo siento mucho por vosotras, ya lo creo, en vuestro mundo al revés con la tierra encima y el cielo abajo. Pobrecitas». ¡No, no, le gritábamos nosotras, eres tú quien está cabeza abajo, papá, no nosotras!

Recuerdo verle llegar de permiso, vestido de uniforme, después del nacimiento de Xan. Este ya tenía tres o cuatro meses, de manera que debía de ser ya hacia finales de 1916. Xan nació el 1 de julio de 1916, el primer día de la batalla del Somme. Es la única vez que recuerdo haber visto a mi padre de uniforme —capitán B. V. Clay, Orden por Servicios Distinguidos—, la única ocasión en que lo veo como un soldado. Supongo que debí verlo uniformado otras veces, pero recuerdo ese permiso en concreto probablemente porque acababa de nacer Xan, y mi padre lo tenía en brazos con una expresión extraña e inmutable en la cara.

Al parecer, había dejado instrucciones precisas acerca del nombre que quería para su tercer hijo: Alexander si era un varón; Marjorie si era una niña. ¿Cómo lo sé? Porque a veces, cuando me enfadaba con Xan y quería meterme con él, lo llamaba «Marjorie», así que debía ser algo que todo el mundo sabía. Tengo la impresión de que todas las historias familiares, todas las historias personales, son tan imprecisas y poco de fiar como las historias de los fenicios. Deberíamos anotarlo todo, llenar todos los huecos, si podemos. Y por eso escribo estas líneas, queridos míos.

Durante la guerra, el hombre al que más vimos, pues de vez en cuando vivía con nosotros en Beckburrow, era el hermano menor de mi madre, Greville, mi tío Greville. Greville Reade-Hill había sido observador de fotorreconocimiento en el Real Cuerpo Aéreo, y era una especie de leyenda tras haber salido ileso de cuatro accidentes de aviación, hasta que en el quinto se rompió la pierna derecha por cinco sitios y lo declararon no apto para el servicio. Recuerdo verlo cojear por Beckburrow enfundado en

su uniforme. Y a continuación se transformó en Greville Reade-Hill, fotógrafo de sociedad. Detestaba que lo llamaran «fotógrafo de sociedad», aun cuando eso era, de manera evidente y exacta, lo que hacía. «Soy *fotógrafo* —decía quejumbroso—, de manera impura y no tan simple». Greville —nunca lo llamé tío, él lo tenía prohibido— fue quien le dio un rumbo a mi vida, sin saberlo, cuando me regaló una Kodak Brownie n.º 2 al cumplir yo siete años, en 1915. Esta es la primera fotografía que tomé.



EN EL JARDÍN DE BECKBURROW. PRIMAVERA DE 1915.

Greville Reade-Hill. Dejad que lo rememore justo después de la guerra, cuando su carrera comenzaba a despegar, titubeante pero sin lugar a dudas ascendente, como un globo de hidrógeno semilleno. Era alto, de hombros anchos, y bien parecido, y solo una nariz un poco demasiado grande estropeaba su belleza. La nariz Reade-Hill, no la nariz Clay (yo también tengo la nariz Reade-Hill). Una nariz ligeramente grande puede darte un aspecto más interesante, en eso Greville y yo siempre hemos estado de acuerdo: ¿quién quiere parecer «convencionalmente» apuesto o hermoso? Yo no. No, muchas gracias.